

bien, nada más léjos de las ideas de sabiduría que escoger un género de pena que no sirve de nada á los que no la sufren, y que no disminuye la malicia de los que la sufren, puesto que se pretende que la maldad de los condenados va aumentando.» Bayle tiene todavía otras objeciones contra las penas eternas (1). Las omitimos, porque el infierno ha perdido toda su importancia, y sería combatir á los molinos de viento el refutar las miserables argucias de los teólogos.

La polémica de Bayle es invencible cuando no se sale del terreno del cristianismo tradicional, llámese católico ó reformado. Jamas se llegará á conciliar el pecado original y sus horribles consecuencias con la idea que el hombre se forma de Dios, de su justicia y de su bondad. Los ortodoxos modernos han querido ensanchar su cielo; miéntras mantengan un infierno al lado del cielo, el buen sentido y la ciencia retrocederán espantados ante un Dios más cruel que el más cruel de los tiranos. Es menester, con la filosofía, abolir el cielo y el infierno, y reemplazar este falso concepto por la idea de una existencia progresiva é infinita, si se quiere satisfacer á la razon. Esta creencia, que gana terreno de día en día sobre el dogma bárbaro del cristianismo, responde á las objeciones de Bayle. Todas las criaturas se salvarán; de este modo queda en buen lugar la bondad de Dios. El mal no desaparecerá, es verdad, en cuanto es de la esencia de criaturas imperfectas y limitadas, pero se convierte en un bien en las manos de un Sér soberanamente bueno, que se sirve del mal como de un medio de educacion y de perfeccionamiento.

III.

La razon rechaza el pecado original. Con esta falsa creencia cae el fundamento más sólido de la revelacion cristiana. ¿Para qué un Reparador si la naturaleza humana no tuviese necesidad de ser reparada? El cristianismo se apoya ademas en los milagros y en la

(1) BAYLE, *Respuestas á las preguntas de un provincial*, c. CLVI (Obras, t. III, p. 829).

tradicion. ¡Singular prueba son los milagros! Bayle habla poco de ellos, pero lo que dice es de mano maestra. La Compañía de Jesus es rica en milagros, y esta riqueza espiritual le proporciona tesoros materiales que ella no desdenea. Daba, pues, grande importancia al milagro hecho por un simple novicio: ¡júzguese por ello del poder milagroso de los reverendos padres! «No hace más que diez y seis años, dice Bayle, que se ha verificado este milagro en el reino del Perú. Ordinariamente estas cosas suceden en el nuevo mundo, ya porque allí son más necesarias que en otra parte, no estando aún allí establecido el cristianismo, ya porque se creen más fácilmente cuando vienen de léjos.» ¿No quiere decir esto: á luengas tierras, luengas mentiras? Los milagros que prueban el cristianismo ¿no provienen tambien de léjos, y de muy léjos? No es Bayle quien hace esta comparacion, somos nosotros. Pero podemos, sin injuriar á su ortodoxia, atribuirle este pensamiento. Hé aquí lo que escribió á propósito de la disertacion de Arnaldo sobre los milagros: «Podrian darse muy sólidas respuestas á M. Arnaldo, si el mundo fuese bastante fuerte para digerirlas; pero se encuentra hoy en estas materias poco más ó ménos como en los tiempos en que Jesucristo decia á los apóstoles: *Tengo aún muchas cosas que deciros, pero no podeis entenderlas por ahora*» (1). Bayle decia esto á fines del siglo XVII. Desde entónces el espíritu humano ha adquirido fuerzas; ha digerido tan bien las objeciones de la filosofía, que no cree ya en los milagros; y cuantos más esfuerzos se hacen para dar crédito á esta vergonzosa explotacion de la estupidez humana, ménos cree en ella. La Iglesia es castigada por donde ha pecado.

Bayle se encontraba cohibido cuando hablaba de los milagros; como reformado, no podía negarlos, y era hasta peligroso el hablar con demasiada libertad en una época en que reinaba aún en el seno del protestantismo la más crasa ignorancia. Hé aquí por qué nuestro filosofo no dice todo lo que piensa. Se encuentra más desembarazado cuando critica la tradicion: los protestantes apenas la respetaban, y Bayle se rie de ella abiertamente. ¿Qué es la tradicion? La autoridad de los ignorantes y de los perezosos. Un hombre cuenta una maravilla, dice que la ha visto. Cuanto más

(1) BAYLE, *Noticias de la república de las letras* (Obras, t. I, p. 153, 242).

increíble es, más fácilmente halla crédito en las masas, y las masas son las que hacen la tradición. Es mucho más cómodo creer que comprobar los hechos. Después de todo, las gentes sensatas se ven obligadas á creer lo mismo que los tontos, por temor de pasar por facciosos que quieren saber más que los demás y que desprecian la venerable antigüedad, hasta el punto de que hay mérito en no examinar nada. Hé aquí por qué las grandes tonterías, las más estúpidas locuras tienen en su favor una respetable tradición. La astrología, que jamás ha podido apoyarse en un principio, ni siquiera probable, no ha dejado de infatuarse á la mayor parte del mundo en todos los siglos; ¿impide esto que la fe que se presta á sus predicciones sea falsa y ridícula? Si la tradición es una autoridad, será preciso decir que las supersticiones que los Romanos tomaron de los Toscanos sobre los augures y los prodigios, y todas las impertinencias de los paganos respecto de la adivinación, eran otras tantas verdades incontestables; sería preciso decir que el diablo, que es el padre de la mentira, según el testimonio de Jesucristo, ha pronunciado, sin embargo, durante una larga serie de siglos, oráculos llenos de verdad, de sinceridad y de fidelidad, porque ha habido un tiempo en que toda la tierra tributaba honor y homenaje á estos oráculos (1).

Debemos añadir que cuando Bayle habla de la respetable tradición que apoya las supersticiones de los paganos, no piensa en los paganos, ni se refiere á la Roma antigua, sino á la Roma cristiana. Él mismo tiene cuidado de decírnoslo. La Iglesia es quien invoca la autoridad de la tradición. Hay, en efecto, una tradición secular que puede invocar atrevidamente, porque no data de San Pedro, se remonta hasta los augures; consiste en la afición á las supersticiones; y Roma gusta tanto de las supersticiones, porque convienen mucho más que la razón para dominar sobre los hombres. Oigamos á Cicerón: «No he creído jamás que se debía despreciar ninguna parte de la religión del pueblo romano, y he llegado á persuadirme de que habiendo sido fundadas al mismo tiempo nuestra república y nuestra religión, preciso es que nuestra religión sea aprobada por los dioses, sin lo cual nuestra repúbli-

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos sobre el cometa* (Obras, t. III, p. 12, 22, 83).

ca no hubiera llegado á ser tan poderosa. Decidme, vos que sois filósofo, lo que creéis: *pero en cuanto á lo que corresponde á nuestros antepasados, tengo ciega confianza en ello y sin que me den razón alguna de mi creencia.*» ¿No parece que estamos oyendo á nuestro reverendo padre, diciendo al mariscal d'Hocquincourt: *Nada de razón, monseñor, nada de razón; hé aquí la verdadera religión?* Esta verdadera religión reinaba ya en Roma en tiempos de los augures; cuando los cardenales y los papas los reemplazaron no cambió nada, más que algunos nombres y algunas formas. Por lo demás, hay el mismo amor ciego por la venerable antigüedad, el mismo desprecio de la razón. ¿Qué preocupación en favor del catolicismo! (1). Lo más curioso es que esta venerable tradición es la mayor parte de las veces mentira. ¿Quién no sabe la historia de las *falsas decretales*? ¿Un crimen castigado por nuestras leyes con trabajos forzados, es lo que ha formado en provecho de la Iglesia romana una *venerable tradición*? Y si la tradición no es un crimen, es una mentira. Nada más natural. Las sociedades no pueden inmovilizarse, porque la inmovilidad es la muerte. Roma, que pretende vivir, no ha podido librarse de una ley que rige á todo cuanto vive. Bayle lo hace notar: la Iglesia, dice, se ha separado insensiblemente de las costumbres de la antigüedad; de donde se deduce que la tradición es un camino erróneo (2).

Los protestantes empezaron por celebrar la tradición de la primitiva Iglesia, pero no tardaron en convencerse de que aquella tradición era la de la ignorancia y de la superstición. Es curioso oír hablar á Bayle de los Santos Padres. El piadoso y sabio Thomassin dice: que no se puede entender á los Padres de la Iglesia sin tener alguna tintura de la filosofía de Platón. «Preciso es, dice Bayle, que Thomassin tenga mucha perspicacia para que halle tanta filosofía en los libros de los Santos Padres, porque hay muchos que no les encuentran ninguna.» Decir que *absolutamente no hay filosofía* en los escritos de los Padres de la Iglesia, es lo mismo que decir que no impera en ellos la razón. ¿Cómo es, pues, que se los ensalza tanto? Bayle contesta: «Los escritos de los Padres

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos*, § 127 (Obras, t. III, p. 82).

(2) ID., *Noticias de la república de las letras* (Obras, t. I, p. 47).

son como ciertas perspectivas que muestran lo blanco ó lo negro, segun el punto de vista que se toma.» ¡Cuestion de prisma! El prisma que emplean los defensores de la ortodoxia, ¿no será un instrumento hecho á medida de su deseo? Buscad y encontraréis, dice la Sagrada Escritura. Se encuentra fácilmente lo que se tiene gusto en encontrar. Hé aquí cómo es que se han encontrado pruebas en los Padres de la Iglesia de creencias en que no pensaban siquiera. Bayle lo hace tambien notar: «Si los filósofos del paganismo, dice, fuesen jueces de nuestras controversias, no dudo que fallarian que los testigos de que nos servimos unos y otros no saben lo que se dicen, y que por tanto, hay que rechazarlos sin oírles» (1).

¡Qué sería si un libre pensador leyese los escritos de los Santos Padres! ¡Qué tonterías, qué faltas de sentido comun, qué de supersticiones encontraria en ellos! Los católicos mismos, con tal que sean francos, lo confiesan: La *Biblioteca* de Dupin, dice Bayle, es muy á propósito para desengañar á los que creen que cuanto más próximos han estado los Santos Padres al origen, más ilustrados han sido; porque se nos hacen ver *grandes errores* en la *mayor parte de los padres de los tres primeros siglos*» (2). Errores aún bajo el punto de vista ortodoxo. Y lo que los ortodoxos consideran como verdades, no es muchas veces más que un cúmulo de creencias supersticiosas. Los protestantes hán acabado por no hacer caso de los Santos Padres, dejan á un lado las autoridades humanas para atenerse á la palabra de Dios. Pero, si sus objeciones contra la tradicion católica son invencibles, las de los católicos contra la doctrina protestante no lo son ménos. «Conduce directamente al escepticismo», dice Nicole, y Bayle es de opinion de que Nicole razona muy bien. La Escritura es la base de la fe. Perfectamente; pero es preciso empezar por asegurarse de que la Escritura es realmente la palabra de Dios. Lo creéis, diréis. Muy bien; ¿pero quién os asegura que no os equivocáis? No teneis á vuestro favor más que vuestra opinion individual, y ¿será necesario recordaros cuántas veces habeis sido engañados bajo la fe de aquella autori-

(1) BAYLE, *Noticias* (Obras, t. I, p. 42 y 580).

(2) *Id.*, *ibid.*, (Ibid., p. 575).

dad? Aun cuando tuvieseis razon, sería preciso saber qué libros son canónicos y qué libros no lo son. Teneis escritos canónicos. ¿Estais bien seguros de que vuestra traduccion es exacta? ¿Quién os lo garantiza? ¿Leeis el original? tanto mejor; ¿pero lo entendeis en el verdadero sentido? Hay diversas interpretaciones; ¿quién os dice que la vuestra es la mejor? ¿Y si seguís la buena, los que admiten un sentido distinto estarán sin duda en el error? ¡Cuántas razones para dudar! Si la fe, á pesar de reposar en tan frágiles fundamentos, se conservase, sería el mayor de los milagros. Luego el protestantismo conduce al escepticismo (1).

Los protestantes dirigen absolutamente la misma censura á la Iglesia romana. Y Bayle halla que razonan tambien muy bien. ¡La fe, ya se llame protestante, ya católica, nos conduce, pues, á la destruccion de la fe! En efecto; los católicos prueban que el protestantismo engendra el escepticismo, y los protestantes demuestran que el catolicismo produce igualmente la duda absoluta. ¿Quién queda dueño del campo de batalla? La razon. No es esto decir que desaparezca toda fe. Por el contrario, la fe se ha conservado en el seno de las sociedades protestantes; pero ¿con qué condicion? Con la de trasformarse incesantemente. En los países católicos no existe apénas más que en el estado de supersticion. Sea supersticion enhorabuena, se dirá; no por eso es ménos cierto que la religion católica es un principio de moralidad. Este es el gran caballo de batalla de los partidarios del pasado. Parece que Bayle ha previsto su apología. Vamos á ver lo que piensa.

IV.

La teología apénas puede influir sobre las costumbres, al ménos directamente, y esto por una gran razon, y es que los fieles la desconocen: ¿dónde está el católico que tropieza en el misterio de la Trinidad y del pecado original? Si tuviera alguna influencia, no podria ser más que mala, en el sentido de que al ver los cristianos escrito sobre todos sus dogmas la palabra *misterio*, humillarían

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Nicole*, nota C.